

Torres Villarroel y la exploración de un discurso: *la Vida del venerable padre Jerónimo Abarrátegui*

PEDRO RUIZ PÉREZ
Universidad de Córdoba / Grupo PASO

Existe un apreciable consenso crítico acerca de que la *Vida* (1743-1751) de Torres Villarroel constituye una referencia clave en la escritura del autor (Pérez López y Martínez Mata, 1998), por cuanto sintetiza y explicita el proyecto de hacerse en escritura. Y la valoración es extensible a la línea de aplicación del discurso (auto) biográfico a la empresa de construcción autorial en la modernidad, con su variedad de vertientes y facetas (Residori *et al.*, 2014; Benard, 2019; Ruiz Pérez, 2021).¹ En los debates sobre la naturaleza pragmática y genérica de una obra, toda problema, hasta donde se me alcanza no se ha aplicado de manera sistemática una comparación con otros relatos biográficos del autor, de cara a iluminar sus posiciones al respecto... o, al menos, avanzar en la consideración de su complejidad.

Es indicio de la conciencia de Torres acerca de su valor la decisión de agrupar en los tomos finales de las *Obras completas* los textos pertenecientes al género biográfico. La *Vida*, a modo de corona, ocupa el tomo XIV, precedida de dos piezas con un carácter hagiográfico que no dejan de entrar en diálogo con la propuesta de modelado de su figura en la autobiografía. Los tomos XI y XII (1752) incluían la *Vida exemplar, virtudes heroicas y singulares recibos de la venerable madre Gregoria Francisca de Santa Theresa, Carmelita Descalza, en el convento de Sevilla, en el siglo doña Gregoria Francisca de la Parra Queinoge* (aparecida inicialmente en 1738). En este caso, Torres explicita en los paratextos que se trata de un encargo de la orden carmelita, y justifica su aceptación por ser una empresa acorde a su ingenio melancólico, obligado a lo festivo solo por necesidad. Como acertadamente señaló Fernando Durán en el coloquio de la sesión, estos encomendados relatos de vidas venían condicionados por los requerimientos de los procesos eclesíásticos de beatificación y canonización, incluyendo la noticia de hechos «milagrosos» y el carácter

¹ Esta premisa se desarrolla en *Biografías de autor e institución literaria en la edad moderna* dentro del proyecto coordinado *Biografías y polémicas: hacia la institucionalización de la literatura y el autor (SILEM II)*, RTI2018-095664-B-C21 del Plan Estatal de I+D+i. Este artículo forma parte de su plan de trabajo.

heroico de las virtudes (convertido en tópico desde su origen agustiniano), sin contravenir las normas establecidas para controlar las afirmaciones sobre milagros no aceptados por la iglesia; y ello condiciona las marcas genéricas en todos sus planos retórico, de la *inventio* a la *elocutio*.

Se comprueba en la obra hermana, la *Vida ejemplar y virtudes heroicas del venerable padre don Jerónimo Abarrátegui y Figueroa* (1749) recogida en el tomo siguiente, con algunas particularidades. Unas afectan a los criterios editoriales. Aunque el tomo XIII ostenta en portada la fecha de 1752, su tasa se firma en 1753, señalando un proceso de composición que choca con las prisas para mantener el ritmo de la serie, tanto más llamativa cuanto que la impresión original databa de solo tres años atrás, treinta después de la muerte del teatino. La obra no estaba sola, pues el volumen incluía también *Cátedra de morir* (1726), más los preliminares a la edición que Torres hizo de Gabriel Álvarez de Toledo (1744): la dedicatoria y el «Prólogo y Vida», como subrayando e individualizando las dos caras genéricas que en este punto le pueden interesar a Torres: la obra espiritual de cierta dignidad y el relato biográfico, en ambos casos con una mirada retrospectiva sobre los hechos y de proyección de posteridad. En línea con ello se puede poner el hecho distintivo de que en este caso el autor omite toda referencia a un encargo, como para dar cierta autonomía a su texto, aunque lo interesante es detenernos en la dialéctica que, en clave de caracterización de su *Vida*, mantiene con las normas del género y las grietas que introduce en un discurso altamente codificado, hasta el punto en que Torres es capaz de convertir lo que es casi un formulario administrativo en un relato de rasgos novelísticos, donde la imagen del biografiado y el propio relato de la biografía se convierten en un espejo para el autor.

Así, con el trasfondo de la dedicada a la madre Gregoria Francisca podemos considerar los rasgos genéricos de la biografía (Olmo Ibáñez, 2015); con la perspectiva de la reedición y sus cotextos, algunas huellas de la tensión epistemológica y el problema de la verdad; y, finalmente, como al biografiar a otro escritor, la presencia del narrador y su juego de proyección autorial.

Con el canon del género

La naturaleza del objeto y las circunstancias de la escritura actualizan a mediados del siglo XVIII el entrecruzamiento de las dos venas genéricas que desde la antigüedad clásica y medieval alimentaban y canalizaban la extensión de la biografía a perfiles distintos de los originales: de un lado, el panegírico de príncipes y héroes; de otro, la hagiografía (Boillet *et al.*, 2012). Sobre ellos el biógrafo superpone las

declaraciones que actualizan la filiación del género con la historiografía (Pineda, 2021) y la acomodan a las exigencias de un paradigma científico renovado (Hazard, 1975; Pérez Magallón, 2002). De ahí la petición de principio del prólogo:

En las historias de las almas grandes, cuyos pasos y acciones tiene ya canonizado el cielo y en perpetua veneración el mundo, pueden arrojarse sin peligro los cronistas a la narración de sus heroicos hechos, porque, en guardando la fe de las noticias, dejan satisfechas todas las obligaciones del asunto (Torres Villarroel, 1752: A3v).²

Además de cumplir el requerimiento horaciano de *utile et dulce*, en su mezcla de verdad y maravilla Torres entrelaza la clásica finalidad del *movere* y un nuevo aire de cientificidad. Los «heroicos hechos», propios del panegírico, y la canonización, de lo que trata la hagiografía, mueven la adhesión o la voluntad de imitación; la condición de «cronistas» y «la fe de las noticias» apelan a la convicción basada en un modo de incipiente rigor científico.

En el desarrollo de la obra Torres va dando cumplimiento a un programa que ya quedaba sintetizado en el título. El heroísmo, la veneración y el relato de vida se orientan de inicio a destacar un valor de «edificación ejemplar» (3), movida por la «heroica altura» de su mortificación (2), pero también por algunos rasgos de designio divino, manifestados en la altura del linaje y la condición natural, pues, aunque desde su posición de *parvenu* Torres afirma la prevalencia de las obras sobre la sangre familiar, no deja de detenerse y valorar la genealogía de su personaje, cuyos rasgos fisiognómicos también son objeto de atención como claves de un temperamento elevado.

A partir de este apartado habitual en el género, la biografía de Abarrátegui se articula como una sucesión de hechos que, desde la admiración, mueven a la devoción y, desde ella, a la identificación. El registro es, obviamente, el religioso, en un discurso que apunta a la afirmación de la santidad y se sostiene en una fe compartida, requerida para los receptores y expresamente formulada en una suerte de *crescendo* por parte del autor. A falta de una explicación detenida, las citas ilustran la apelación a unos valores:

sabio en la ciencia de las virtudes (32),
se los envió la providencia divina (41),
la paciencia cristiana es el único alivio (40);

el argumento central de la mortificación, como redención de las culpas y, sobre todo, como sentido de la vida:

² Cito siempre por esta edición, indicando solo el número de página. Actualizo grafía y puntuación.

entregó su cuerpo el padre don Jerónimo a los cilicios, a los rayos, a los azotes, a los ayunos y a las demás invenciones santas de la penitencia (96),
la tarea infatigable de los santos ha sido la memoria de la muerte (103),
regularmente morimos como hemos vivido, y cual es la vida así es el fin de ella (101);

la concluyente condición canónica, ya desde el inicial e indicial olor de santidad:

ni antes ni después de morir fue percibido olor alguno molesto al olfato (110),
alguna vez han de llegar con toda distinción a la cabeza del mundo sus portentos, donde el pastor supremo declare infalible oráculo lo que ahora solo se permite piadosa credulidad (112);

y la implicación que asume el narrador al argumentar su exposición y dar ejemplo de la devoción que pretende suscitar en los lectores y mostrar de cara a un proceso de beatificación:

y concurrieron circunstancias tan especiales, que sería falta de devoción atribuirles a la casualidad, olvidándose de la providencia divina, que sin duda quiso manifestar tan estupendas honras y piedades con su siervo (113),
guardo como reliquia un pedazo de él, aún teñido de la sangre de este mortificado varón (88).

Tras un seguimiento de la doble norma del género hagiográfico y de los requisitos de los procesos eclesiásticos de canonización, calificable de convencional, el último pasaje traslada el foco y pasa de la obligada tercera persona a una presencia primopersonal con la que el Torres autor, con algo de inicial condición de mercenario de la pluma, se proyecta en el relato, apunta su condición de testigo, se propone como ejemplo de devoción y manifiesta su condición de narrador. El gesto esboza y promueve una reflexión sobre el estatuto de esta función y su relación con el relato y los hechos relatos. En ello hay, es evidente, un gesto de afirmación, como en lo relativo a la veracidad que se pretende sustentar en el clásico valor del testimonio; no obstante, en la raíz de la aserción se halla el germen de la problematización, que afecta por igual al plano de la verdad y al de la propia narración y su naturaleza discursiva.

Debate epistemológico

A un relato de vida en perspectiva de santidad se suman los retos de verificar sus hechos extraordinarios a los que toda biografía tiene para asentar la verdad de su

narración. Torres es consciente de ello y plantea una actitud de prudencia al hilo de la que debe guardar don Jerónimo como rector de su orden: «Todos debemos velar contra las ingeniosas astucias de nuestro amor, pero los empleados y los rectores y los que tienen súbditos a quien moderar deben vivir en continua vigilancia contra las pasiones dominantes» (45). Como biógrafo parte de la base proporcionada, en clave cristiana, por la fe, incluso para justificar los sucesos extraordinarios, que suceden «con la permisión de Dios» (37): «a todo acude la providencia de Dios solamente» (15) y todos los acontecimientos en la vida del fraile «se los envió la providencia divina» (41), incluso los más singulares, pues «inescrutables son los juicios de Dios! digo otras mil veces» (93).

Sin embargo, desde su relativa heterodoxia (González, 2004) Torres señala las limitaciones del sistema aristotélico, «que es el único a que se aplican las comunidades que han de seguir después la teología» (22), y reclama esta «sin la mezcla de las metafísicas impertinentes» (23). Desde su posición de un peculiar racionalismo llega a cuestionar la validez de ciertas prácticas, al menos cuando se dan en exceso: «piensan que la santidad consiste en darse muchos azotes, en quitarse continuamente la comida, en vivir tristes, llorosos, encerrados, aborreciendo el comercio de las gentes y ejecutando otras acciones ruidosas que se leen en la vida de los santos» (65); e insiste en que «melindres afeminados y menudencias impertinentes parecían estas cautelas y resguardos» (70), sin temor a contradecir sus propias aseveraciones e, incluso, poner un matiz de crítica en su panegírico.

En esta línea, subraya su uso de testimonios y documentos que pueden certificar su relato, alegando con asiduidad fuentes textuales y plásticas (31). Insiste en su elección de las que no son «regulares embustes y ficciones» (36), usando la confesión de sus limitaciones acerca de pruebas documentales que «no he podido conseguir» (28) como una ratificación de la veracidad de las que sí maneja, hasta el punto de sostener que en un parlamento que transcribe en estilo directo «todas son palabras del venerable padre» (67). Esta actitud de «cronista» no deja de tener sus quiebras, y Torres ha de apelar a una fe que no es la de orden teológico, sino un principio de convicción personal al que invita al lector, como al aludir a movimientos anímicos en soledad: «Lo que pasaba entre esta alma enamorada y su divino amado mientras dormían los demás religiosos solo él lo supo, y nosotros podemos piadosamente discurrirlo» (79). Y cuando la discreta elipsis narrativa es sustituida por un episodio que roza lo taumatúrgico, ante la falta de pruebas apela a su propio juicio, pasando del «nosotros» al «yo», tan propio de nuestro autor: «Yo no puedo atribuir a otra causa la publicidad de estas demostraciones que a premios y honras con que quiso su majestad favorecer en la vida y el último suspiro la virtud heroica de este siervo suyo» (102).

Ante el resultado de duda producida por estos vaivenes Torres ensaya la explicación «científica», en particular en relación a uno de los hechos prodigiosos en el momento esencial de la «buena muerte» de don Jerónimo, y lo que podía ser signo en su cadáver de algo sobrenatural le da pie a un diagnóstico fisiológico, particularmente llamativo al lado de las reticencias sobre otras maravillas:

No es mi ánimo calificar de milagro este sudor y docilidad del cadáver, pues bien sé que la filosofía y la medicina prueban que muchas veces pueden ser naturales los sudores de los cuerpos muertos, y no solo el sudor humoral blanco, sino también el sanguíneo, aunque sean copiosos; y regularmente quedan blandos y vertiendo humedad abundante los que mueren envenenados y con otras violentas enfermedades; mi ánimo solo se dirige a escribir los sucesos que he encontrado en sus memorias con verdad y sencillez; lo demás lo deben examinar y ponderar los lectores discretos y piadosos. Finalmente, se vieron por todo este día en que estuvo patente al pueblo su cadáver repetidas casualidades que parecieron milagros, y quizá muchos milagros que pasarían por casualidades. No los especifico por no hacer más impertinente la lectura; solo creo piadosamente que Dios nuestro señor parece que se empeñaba en descubrir con los prodigios y los asombros los méritos y virtudes que atesoró el padre don Jerónimo (111-112).

La argumentación inicial se hace aún más relevante al considerar que repite lo expuesto en un pasaje de *Desengaños razonables* (c. 1718) donde reflexiona críticamente sobre las causas físicas de que un cadáver siga sudando después del fallecimiento: «La prontitud devota de nuestro espíritu y crianza, la poca detención en el conocimiento de nuestra máquina corporal y la mucha miseria de nuestra filosofía nos arrojan a empujar hacia la banda de los milagros infinitos sucesos que tienen su derivación de la naturaleza solamente» (1751: 291). Como al notar los excesos en las presuntas muestras de devoción, en esta recurrencia aflora el prurito del catedrático de matemáticas y avezado justificador de la validez de sus pronósticos.

No obstante, como consciente del escaso alcance de esta vía en un discurso de carácter hagiográfico, Torres vuelve en muchos casos la mirada a la naturaleza del relato mismo, con una reflexión sobre el efecto en el lector, al que acaba remitiendo el juicio sobre la validez de lo narrado, tanto en la verdad de su *res* como en la pertinencia y eficacia de sus *verba*. Así, justifica algunas omisiones: «No deseo hacer molesta la lección de este libro con relaciones de sucesos particulares y comunes en las vidas de los que atienden en el mundo a los cuidados [...]; solo pretendo asegurar que el padre don Jerónimo las cumplió exquisitamente observante» (91-92); o justifica su suspensión de juicio: «Esta misteriosa visión, que no califico, sí solo relato, fue referida por la misma Venerable Negra a su confesor, en los mismos términos y palabras que se acaban de leer. Escríbola como se refiere, sin añadidura de ponderaciones; el lector la examine y haga de ella el juicio que le dicte su pru-

dencia y su credulidad» (108-109); o se refugia en su papel de cronista para limitarse a los hechos y eludir las explicaciones o encomendárselas al lector: «Esto prometió muchas veces el padre don Jerónimo, y esto sucedió: cómo lo sabía o pronosticaba con tanta certeza discúrralo el devoto que va leyendo, mientras que yo escribo la verdad de sus prometimientos en el capítulo siguiente» (40). La última cita espigada supone un llamativo «mutis por el foro» de una voz que continuamente impregna de subjetividad la presunta objetividad de lo relatado.

Intromisión del narrador y proyección autorial

A las abundantes intromisiones del yo narrador que se identifica con el autor Torres Villarroel se añaden continuas remisiones internas e intervenciones de valor fáptico, que hacen que el lector sienta la presencia constante del artífice del relato. Algunos ejemplos: «cuyo portentoso hallazgo diré con la brevedad posible en el párrafo inmediato» (41); «Hasta aquí el santo, y hasta aquí del capítulo de los tres votos» (74); «como escribiré adelante» (76); y podría continuar la serie. Destacan en ella las decisiones autoriales, en un juego en el que las protestas de prudencia revelan paradójicamente esta continua intromisión, al elegir distintas disposiciones y explicitarlas: «Con varios sucesos de esta carta podía aumentar este tomo, pero referiré uno y citaré otro para que el lector se contente y discurra de la dichosa penetración» (52); «un caballero (cuyo nombre callo por los temores de que no sea conocido)» (58); y los ejemplos, otra vez, podrían multiplicarse, aunque basta para cerrar la serie un par de pasajes en que se acentúa el juego entre la modestia, en el primer caso, y la conciencia autorial, en el siguiente, ambos muy cercanos:

Discurra el prudente las particularidades de este suceso, que sus consideraciones le dirán mejor que las que yo puedo poner los maravillosos arrebatamientos que quiso Dios conceder a este varón (59);

Estas relaciones y otras infinitas, que no me he determinado a darlas impresas, las unas por falta de probanzas suficientes, y las otras porque temo no acertar a escribirlas con el juicio y claridad que pide lo delicado de este asunto (60).

Ya en el «Prólogo al lector» Torres manifiesta su preocupación, no tanto por las reglas del género biográfico como por el relato que él quiere construir:

En honor de su justicia [de las «almas grandes»], en aplauso de su fortaleza y alabanza de su caridad se permiten y se agradecen las griterías entonadas de la ponderación,

el ruido apacible de las frases airoas, el delicado susurro de las reflexiones entretenidas y todo el estruendo retórico que pueda hacer sonora la escritura (A3v).

A estas consideraciones responde el abundante empleo de la prolepsis, los datos sobre la articulación en capítulos, las explicitaciones de moralidad y otras declaraciones autoriales, que ya anuncia en el proemio:

En este compendio de la vida del venerable padre don Jerónimo refiero algunas acciones de ella con estilo simple y aun rústico, pero libre de los soplos que puedan poner inficionadas o desconocidas las verdades. Los sucesos, que se relacionan de este maravilloso varón con variedad, con duda y pobres de examen y certeza, los he desechado enteramente de este libro; y, por no arruinar del todo la noticia, cito algunos ya en el Diario del Colegio de San Cayetano de Salamanca, ya en las bocas de muchas gentes de esta ciudad que hoy viven y conocieron y veneraron al padre don Jerónimo. Los acontecimientos que a nuestro parecer pasan la línea de lo natural no los aseguro milagros ni los condeno casualidades, y lo mismo siento de las predicciones y las conjeturas, pues ni las levanto a profecías, ni las quiero abatir a voluntarios arrojos (A4r).

La referencia final establece una conexión con la debatida faceta de pronostiquero que Torres desarrolló entre declaraciones de convicción y de escepticismo, con una ambivalencia que aflora también en la construcción de su relato autobiográfico más formalizado. En esta perspectiva podemos apreciar en estas declaraciones proemiales el esbozo de un programa de escritura biográfica en la que puede pesar la decantación de la hagiografía previa y la vida de Álvarez de Toledo y la experiencia derivada de la escritura y recepción de la primera entrega de su *Vida*, a cuya continuación puede aplicarse con las particularidades de la construcción autobiográfica (Pope, 1974; Durán López, 2005; Barchino Pérez, 1998).

Al realizar este ejercicio crítico ha de mantenerse en todo caso la prevención requerida por la proyección en un texto tan abierto y complejo como la *Vida* de las mismas discordancias entre declaraciones programáticas y realización apreciables en una obra, en principio más ortodoxa y reglada, como la biografía de Abarrátegui. En ella también se cruzan tensiones y desajustes, donde destacan los que se dan entre los propósitos de alzarse sobre una base documental y la búsqueda de ejemplaridad. Aun con ello, es posible apreciar entre ambas obras una serie de paralelismos, algunos de los cuales han sustentado las divergencias críticas a la hora de categorizar la *Vida*. Menos a modo de conclusiones que de propuestas para la indagación, valga citar entre las concordancias la dialéctica permanente entre el objeto y el sujeto de la biografía y los procesos de modelización resultantes; la complacencia en las contradicciones o, al menos, la renuncia a resolverlas; el valor del relato por

sí mismo y el papel subordinado que para ello desempeña la veracidad (Moulin *et al.*, 2019), en una línea que aún no se ha denominado «pacto autobiográfico» (Lejeune, 1975); la pretensión abiertamente confesada en la *Vida* de proyectar desde la narración una imagen de Torres; y, finalmente, lo que en el discurso biográfico de Abarrátegui puede considerarse una auténtica «altrobiografía» (Viart, 2001) en cuanto que uso de la figura ajena a modo de espejo personal, en el que buscar el reflejo de la propia imagen, algo que cuando biografiado y biógrafo coinciden en el mismo nombre lleva el intercambio de rasgos a una verdadera mixtificación. Torres la aplica en su hagiografía en la configuración idealizada del fraile con ribetes de santo, pero también en la idealización de un narrador sometido (al menos en primera instancia) a la ortodoxia, como parecía requerir el reciente episodio inquisitorial. Con su redacción, más que saldar cuentas con la iglesia, Torres está redefiniendo su figura como escritor, del mismo modo que lo hace en el curso de su *Vida* y sanciona con la decisión editorial de agrupar en sus *Obras completas* todos sus ensayos en el género, además de colocarlo en la cúspide de su trayectoria (García Aguilar, 2017). Con estas estrategias que entrelazan sus piezas del género Torres pone de manifiesto que la biografía se orienta a la construcción del personaje, pero, sobre todo, en su caso, a la de su escritor, un literato todo-terreno que se desplaza sutilmente desde la posición de cronista exigible al biógrafo a la de creador, a la manera de un novelista.

Bibliografía

- Barchino Pérez, Matías (1998), «Retórica y escritura autobiográfica en el ámbito hispánico (siglos XVI y XVII)», en Antonio Ruiz Castellanos, Antonia Viñez Sánchez y Juan Sáez Durán (coord.), *Retórica y texto: III Encuentro Interdisciplinar sobre Retórica, Texto y Comunicaciones*, Cádiz, Universidad de Cádiz, págs. 173-177.
- Bénard, Élodie (2019), *Les vies d'écrivains (1550-1750). Contribution à une archéologie du genre biographique*, Geneve, Droz.
- Boillet, Danielle, Marie-Madeleine Fragonard et Hélène Tropé (2012) (eds.), *Ecrire des vies. Espagne, France, Italie (XVI^e-XVII^e siècles)*, Paris, Presses Sorbonne Nouvelle.
- Durán López, Fernando (2005), *Vidas de sabios. El nacimiento de la autobiografía moderna en España (1733-1848)*, Madrid, CSIC.
- García Aguilar, Ignacio (2017), «Carrera literaria e imagen autorial en Diego de Torres Villarroel», en Elena de Lorenzo Álvarez (coord.), *Ser autor en la España del siglo XVIII*, Gijón, Trea, págs. 137-161.
- González, Manuel Gregorio (2004), *Torres Villarroel a orillas del mundo*, Sevilla, Renacimiento.

- Hazard, Paul (1975), *La crisis de la conciencia europea (1680-1715)*, Madrid, Pegaso.
- Lejeune, Philippe (1975), *Le pacte autobiographique*, Paris, Seuil.
- Moulin, Joanny, Phuong Ngoc Nguyen e Yannick Gouchan, eds. (2019), *La vérité d'une vie: études sur la véridiction en biographie*, Paris, Honoré Champion.
- Olmo Ibáñez, María Teresa del (2015), *Teoría de la biografía*, Madrid, Dykinson.
- Pérez López, Manuel y Emilio Martínez Mata, eds. (1998), *Revisión de Torres Villarroel*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- Pérez Magallón, Jesús (2002), *Construyendo la modernidad. La cultura española en el «tiempo de los novatores» (1675-1725)*, Madrid, CSIC.
- Pineda, Victoria (2021), «El género “vida” en la retórica historiográfica renacentista», en Pedro Ruiz Pérez (ed.), *Sociología de la literatura hispánica (II). Biografías de escritores y campo literario*, monográfico en *Studi Ispanici*, n.º XLVI, págs. 33-57.
- Pope, Randolph L. (1974): *La autobiografía española hasta Torres Villarroel*, Bern, Peter Lang.
- Residori, Matteo, Héléne Tropé, Danielle Boillet y Marie-Madeleine Fragonard, eds. (2014), *Vies d'écrivains, vies d'artistes. Espagne, France, Italie, XVI^e-XVIII^e siècles* Paris, Presses Sorbonne Nouvelle.
- Ruiz Pérez, Pedro (2021) (ed.), *Sociología de la literatura hispánica (II). Biografías de escritores y campo literario*, monográfico en *Studi Ispanici*, n.º XLVI.
- Torres Villarroel, Diego de (1751), *Tomo IV. Tratados físicos, médicos y morales. Vida natural y católica, medicina segura para mantener menos enferma la organización del cuerpo...*, Salamanca, Pedro Ortiz Gómez.
- Torres Villarroel, Diego de (1752), *Tomo XIII. Vida ejemplar y virtudes heroicas del venerable padre don Jerónimo Abarrátegui y Figueroa, clérigo reglar teatino de san Cayetano y fundador del Colegio de Salamanca de san Cayetano y san Andrés Avelino de la misma religión. Dedicada al ilustrísimo señor deán y cabildo de la iglesia catedral de Coria. Escrita por el doctor don Diego de Torres Villarroel, del gremio y claustro de la Universidad de Salamanca y catedrático de matemáticas jubilado*, Salamanca, Pedro Ortiz Gómez.
- Viart, Dominique (2001), «Dis moi qui te hante», *Revue des Sciences Humaines. Paradoxes du Biographique*, n.º 263, págs. 7-33.